la distribución, Nicolás volvió á tomar el camino de su celda, sin pararse á reflexionar que había sido elegido por Dios para realizar una acción tan extraordinaria. Quería de este modo huir las alabanzas y admiración de los hombres y dar las gracias en la soledad de su fervorosa oración á Aquel que acababa de colmarlo de las maravillosas y divinas finezas de su amor.

---

ut illum objurgari non permiserit, quod Conventui necessarias facultates nimium pauperibus largiendo consumeret. Cum siquidem mappulam panibus ad egenos plenam deferret, Priori occurrenti ac exploranti purpureis et fragrantibus rosis media hyeme eamdem refertam ostendit, data sibi ob id in posterum libertate cuncta ad libitum distribuendi. Inscriptio relata concorditer ab Historicis. Che l'avea mutato in rose lo avrebbe cangiato nuovamente in pane... e cosi avvenne di fatto. Giorgi, cap. IX, pág. 81.

CAPÍTULO VI

San Nicolás modelo de perfección religiosa.—San Nicolás cura á un niño de doce años de una dolorosa enfermedad.—Va á Macerata.—Dos paredes lo saludan milagrosamente.—Mándanle los superiores que se prepare á recibir las Ordenes.—San Nicolás es ordenado de presbítero.

Fácil es comprender cuánto llamaría este prodigio de las rosas la atención de los pueblos hacia el humilde religioso, que caminaba á pasos agigantados por los caminos de una eminente perfección. Al reflexionar cuál pudiera ser el secreto de una santidad tan extraordinaria, llegábase á dudar si Nicolás era un ángel revestido de forma humana, ó si Dios sostenía sus fuerzas por medio de un milagro continuado (1). Sólo la persuasión de que el Espíritu Santo era el que lo inspiraba, podía decidir á los superiores á permitirle

---

(1) San Nicolás amó tanto el ayuno y la abstinencia, que jamás se alimentó de carne, conten-

tan excesivas mortificaciones. Apenas parecía comer, beber y dormir, con gran asombro de sus hermanos que, observándolo cada vez más atentamente, llegaron muy pronto á considerarlo como un gran santo, como un hombre extraordinario, al cual no era posible juzgar según las reglas de la prudencia humana, y cuya conducta hubiera sido temerario el vituperar, siendo en él tan patente la intervención divina.

Un hecho, acaecido por el mismo tiempo que el prodigio de las rosas, dió un nuevo realce á la santidad de Nicolás y atrajo igualmente sobre él la atención de los religiosos y de toda la población de San Ginés. Un día que él hablaba con uno de sus primos, Gentil de Guidiani, ante la puerta del convento, presentóse ante él un niño de doce años, llamado Monaldo Aldrudi, que padecía dolores intolerables de cabeza, suplicándole le encomendase á Dios. El Santo, mirándolo bondadosamente, impúsole las manos con estas simples palabras:

«¡Ea, hijo mío! El buen Dios te ha curado».

En efecto, instantáneamente, y por un simple contacto, el niño había sido enteramente

---

tándose sólo con pan y agua para extenuar su cuerpo. *Inscripción* sobre la puerta del antiguo refectorio de Tolentino.

librado de sus dolores y de la enfermeded que los causaba (1). En cuanto al trato exterior de Nicolás, no era obstáculo ni dificultad alguna sus continuadas penitencias para que él se mostrase siempre benévolo y afable, dispuesto á servir á todos. Aunque él huía del mundo y amaba la pobreza, no habría jamás consentido en llevar un hábito sucio y roto; si bien él siempre deseaba que su túnica de tela vasta y grosera fuera de una extrema pobreza. Su respeto hacia los superiores, en los cuales sabía él ver la imagen del mismo Dios, se manifestaba invariable en todas las ocasiones con una delicadeza verdaderamente afectuosa. El consideraba en ellos, dice un autor antiguo (2), la persona, para respetarla; las órdenes, para cumplirlas; los consejos, para seguirlos; los deseos, para ejecutarlos. Su deferencia respecto á ellos era tal, que, teniendo costumbre de llevar siempre puesta la capucha ó capilla, se la quitaba é inclinaba respetuosamente su cabeza, no solamente en su presencia, sino también delante

---

(1) Después fué el Santo trasladado á la tierra de San Ginés, donde obró el siguiente milagro. Un día estaba el Santo discurriendo con Gentil Guidiano, etc. Ghezi, cap. VI, pág. 70.

(2) Storia della vita, canonizzazione, sangue, panellini, e prodigii di S. Niccola de Tolentino. Autor anónimo. Nápoles, 1768. Stamperio Simoniana, cap. XXVII, pág. 117.

de cualquiera que le transmitía sus órdenes (1). Aunque estuviese postrado en el lecho por la enfermedad, siendo costumbre de los ermitaños de San Agustín acostarse con el hábito, él practicaba igualmente esto, inclinando su frente descubierta en señal de respeto y veneración para aquellos que representaban para él la autoridad de Dios (2).

Su obediencia era tan pronta como respetuosa y sobrenatural. Apenas recibía la orden de quien podía mandarle, cuando la cumplía con admirable prontitud, sin inquietarse por el modo más ó menos absoluto con que se le transmitía: ninguna razón, ningún obstáculo era entonces capaz de arredrarle (3). Podemos, en comprobación de esto, citar un hecho digno de memoria. Tres años hacía que estaba Nicolás en San Ginés (4), cuando el Provincial escribió al Prior de este monasterio dándole orden de que lo enviase á Macerata (5). El Santo recibió la noticia sin manifestar por ello sorpresa, disgusto ni dificultad

(1) Giorgi, cap. XIII, pág. 117.
(2) Giorgi. *Pasión.*
(3) Erat obediens priori et fratribus. Proceso.
(4) Colucci. *Antichitá Picene*, tom. XXIII.
(5) Post factam professionem gloriosus Nicolaus superiorum jussu aliquot Marchinæ Anconitanæ monasteria incoluit, ac nominatim monasterium S. Ginesi, Maceratense, etc. Torelli. *Sæcula augustiniana* ad annum Christi, 1305, núm. 19.

alguna. Contentóse con bajar la cabeza en señal de sumisión, y, poniéndose de rodillas, pidió la bendición del Superior, preparándose á partir inmediatamente. Mas, enterados de esta orden los superiores, hacen lo que en otro tiempo los fieles de Mileto cuando el Apóstol San Pablo quiso dejarlos, agolpáronse al lado del viajero y le suplicaron aplazase su partida y no negase este consuelo á su fraternal cariño. A tan apremiantes instancias respóndeles él sonriendo: «Mis susperiores me mandan que os deje: ¿cómo puedo yo escucharos y permanecer aquí?» Y los exhortó á que se resignasen alegremente á la separación.

Nicolás, al obrar de esta suerte, resistiendo á sus hermanos, tenía un doble motivo de fe y de sentimiento natural, de humildad y de obediencia. Sabía él que el pueblo de San Ginés acababa de elevar al P. Provincial una instancia suplicándole diese una contraorden á lo dispuesto y le hiciese permanecer (1). A pesar de su prontitud y de sus precauciones, no pudo el Santo llevar enteramente secreta

(1) En uno de aquellos plazos que se le concedieron en San Ginés, se puso en movimiento aquella Universidad por el disgusto común que causaba su partida. Se apercibió el santo joven... y quiso partir con tanta solicitud. Anónimo, cap. XXVII, págs. 70, 71. M. SS. San Antonino. Giorgi, capítulo XIII, pág. 118.

la novedad de su partida; y el reconocimiento de la muchedumbre tuvo tiempo para proporcionarle uno de esos triunfos populares tan conmovedores por su sencillez. Habiéndose esparcido en breves instantes por todo San Ginés el rumor de su viaje, tan pronto como salió Nicolás del convento, sin más equipo ni preparativo que su breviario, viéronse acudir en tropel á su encuentro todos los pobres á quienes había distribuído tan abundantes limosnas, todos los desgraciados á quienes había consolado y socorrido, llorando y dirigiéndole mil tiernos adiós en esa lengua italiana en que los términos afectuosos tienen un encanto particular. Clamaban todos ellos y decían que perdían á un padre, á un protector y á un amigo; mientras que el humilde religioso, apartándolos de sí dulcemente, continuaba su marcha, no comprendiendo aquella ovación espontánea de todo un pueblo en obsequio suyo. Hasta las criaturas mismas inanimadas parecieron participar en aquel momento del sentimiento de aquella muchedumbre reconocida: cerca de San Ginés se ven todavía dos paredes en el camino, las cuales cuentan que se inclinaron al paso de San Nicolás, saludándole milagrosamente á su marcha para Macerata. El piadoso peregrino que visita en nuestros días estos lugares benditos, puede arrodillarse delante de estas ruinas y

rezar, como lo hacen todos los habitantes de los alrededores, el *Padre Nuestro* y el *Ave María* de San Nicolás de Tolentino (1).

Después de un penoso viaje llegó nuestro perfecto obediente á su nueva residencia extenuado de fatiga, pero todo radiante de celestial modestia y eminentes virtudes, que empezaban ya también á derramar por allí sus divinos perfumes. Ningún documento auténtico existe hoy que pueda precisarnos de una manera exacta cuánto tiempo residió San Nicolás en Macerata. Sin embargo, el P. Juan Forti Oratoriano asegura, después de haber estudiado todas las Memorias y recogido todas las tradiciones relativas á esta época de la vida del bienaventurado, que permaneció aquí dos años y que obró multitud de prodigios (2).

Había ya llegado entonces el siervo de Dios á la edad en que la vida del religioso va tomando un carácter especial y determinado; en que la virtud y los talentos comienzan ya á manifestarse más ostensiblemente en armonía con la divina misión que ha de recibirse en las sagradas Ordenes y en el sa-

---

(1) Los pormenores de este hecho milagroso han sido proporcionados al autor por el R. P. Nicolás Ferranti, sacristán de la Basílica de San Nicolás en Tolentino.

(2) Forti, lib. I, cap. X, pág. 90.

cerdocio. Para un religioso llamado á tan augusto ministerio, el tiempo más precioso y más fecundo es el de la preparación inmediata para el presbiterado. Retirado por muchos años en una modesta celda, él siembra en el trabajo, la meditación, la oración y el silencio lo que ha de recoger más tarde para sí y para las almas que deberá salvar. Tal es la vida del Dios hecho hombre, pasando treinta años de su vida en la obscuridad é inutilidad aparente de Nazaret. Largo tiempo se necesita para que el grano, arrojado y depositado en el seno de la tierra, germine allí y madure hasta llegar á dar frutos de que se alimente el hombre.

Nada hay, pues, más cierto y verdadero que la necesidad de esta formación que la Iglesia, siempre sabia, exige de sus religiosos y de sus sacerdotes, al hacerles pasar por los noviciados ó por los seminarios. ¿Cómo podría santificar á otros el que primero no se hubiera santificado á sí mismo? ¿El que no hubiese de antemano estudiado en el Crucifijo los deberes y los peligros de la vida? ¿El que no hubiese aprendido por la experiencia y, sujetándose al freno de una regla, á vencerse, á obedecer y á reportar, á despecho de la naturaleza y del mundo, las generosas victorias que han formado á los santos? Esta era precisamente la verdadera perfección á que

aspiraba y que ambicionaba Nicolás, estimándola sobre todas las ciencias, y tomando por regla de conducta aquella máxima de su Padre San Agustín: «Aquellos que han aprendido con Jesucristo á ser mansos y humildes de corazón, adelantan más en el conocimiento de Dios por la oración y la meditación que por el estudio y la lectura».

El iba á buscar, en primer lugar, en la oración el ardor y la luz, que hacen del hombre, siguiendo la bella expresión del Salvador, una lámpara ardiente y luminosa; aquel divino ardor que inflama el corazón de que llega á posesionarse; el fuego devorador de la caridad que la consume para con Dios y para con el prójimo; aquella lumbrera celeste que ilumina, como dice San Juan, á todo hombre que viene á este mundo, y le muestra el camino que debe seguir para imitar á Jesucristo y conseguir el fin de su inmortal destino. Acercábase el momento en que esta brillante y esplendorosa lámpara iba por fin á dar todo su resplandor, brillando á los ojos de todos aquellos que la rodeaban y cifraban en ella tan legítimas esperanzas. Nicolás hallábase ya en perfecta sazón para el sacerdocio. Resolvieron, pues, los superiores trasladarlo de Macerata, enviándolo á la villa episcopal de Osimo, á fin de que recibiese el subdiaconado y el diaconado de manos de San Bienve-

nido, obispo á la sazón de esta ciudad (1). Se ha dicho, con razón, que los amigos de Dios se comprenden muy pronto mutuamente; así que, apenas hubo visto San Bienvenido á Nicolás, conoció el gran tesoro que el Cielo le enviaba, no teniendo dificultad ninguna en admitirlo inmediatamente á la ordenación. Como todos los que se acercaban al santo joven, el pontífice de Osimo se sintió lleno de admiración por sus virtudes, y fundó sobre él grandes esperanzas. Difíciles y revueltos eran los tiempos por que pasaba entonces la humanidad, y solamente las Ordenes monásticas parecían capaces de reparar los desórdenes causados por la guerra civil, el cisma y la indiferencia. Nunca más necesarias las Ordenes religiosas que en estos momentos de trastornos sociales y espantosas crisis. Sólo en el silencio y la soledad de los claustros, en la práctica austera del deber y de las reglas religiosas, es donde se encuentra la única santidad capaz de curar á los pueblos é infundirles, con la palabra y con el ejemplo, el suficiente vigor moral que les inspira las nobles y generosas disposiciones para la paz y para el bien. Mas para eso son necesarios en los monasterios naturalezas bien templadas, como la de San Nicolás; almas gran-

(1) Anónimo, cap. VII, pág. 22.

des y generosas, brillando como faros tranquilos y luminosos en medio de los mares embravecidos, anunciando al mundo todo la variedad de las empresas y grandezas de la Tierra, y la necesidad de fijar la mirada en el Cielo y en Dios, único Maestro y único Salvador de las naciones. Mas el joven religioso, sin preocuparse de las esperanzas que sobre él se fundaban y de los admirables designios de la Providencia en obsequio suyo, tan pronto como hubo llegado á Osimo encerróse en el silencio y el apartamiento de su celda, á fin de prepararse para el sacerdocio.

Es necesario haber deseado ardientemente la unción sacerdotal con el fervor de la juventud, para llegar á comprender lo que debió ser la preparación de un santo para el sacerdocio. Como las almas privilegiadas, á que Dios concede desde la infancia la gracia de conocer el fin real y el sentido serio de la vida, Nicolás había conocido desde muy temprano que la santa comunión no es la última palabra en las relaciones del Infinito con su criatura, y que el cristiano, llamado como Aarón á una vocación superior, podía desear todavía más en la adoración y temor de la fe. ¡Consagrar la Hostia con las palabras mismas de Jesucristo, hacer venir al mismo Dios como una víctima sobre el altar y á las propias manos del sacerdote! ¡Qué señales de amor

nos ha dado el Señor! Pero, también, ¡qué santidad es la que exige de aquellos que deben llevar la carga de un tan tremendo ministerio!

Dominada su alma de estos graves pensamientos, Nicolás redobló sus oraciones, sus mortificaciones y sus ayunos, y, encerrándose todavía más en la soledad y el silencio, sepultado en el abismo de su nada y en la consideración de los defectos que en sí veía, lloraba sin cesar y reconocíase indigno de subir hasta el altar santo y de recibir el sacerdocio. Emocionado y temblando á medida que se acercaba el gran día, sentíase asaltado de amargos temores y vivas aprensiones. Los justos conocen perfectamente esas horas misteriosas en que Dios los atrae fuertemente hacia Sí, haciéndoles conocer al mismo tiempo su profunda miseria; horas de terror, es verdad, mas también de dulces lágrimas y de consolaciones inefables; luchas de pesares, de confianza y de amor, que el Señor tanto se complace de ver en sus santos. Tal vez estas horas y estas luchas nos dejarían del todo incapaces y desarmados, si no viniese entonces la obediencia á empujarnos hacia adelante y á devolvernos el valor y la paz. Tal era lo que sucedía por Nicolás en estos días de humilde sobresalto; una orden de su superior, mostrándole el tabernáculo como el puerto seguro adonde debía refugiarse, le hizo adelantarse hacia él (1). A la voz de aquel á quien miraba como el intérprete de la voluntad divina, el hijo de Agustín no pensó más que en obedecer y en pedir al Espíritu Santo las gracias pue pudiesen ayudarle á ser menos indigno de su vocación inefable. Volvióse, pues, á Cingoli y recibió el sacramento del Orden en la iglesia colegial de Santa María de manos de San Bienvenido. Este acontecimiento, memorable para San Nicolás, para la Orden de Ermitaños y para la Iglesia católica, pasó desapercibido en medio de los tumultos sociales y de las graves preocupaciones de aquel siglo. Sin embargo, él debía tener una inmensa influencia sobre la vida de nuestro Santo, sobre su familia monástica y sobre diversos sucesos que pertenecen á la historia del Cristianismo.

---

(1) Mercuri, cap. v, pág. 51. Giorgi.

CAPÍTULO VII

San Nicolás sacerdote.—Fervor de San Nicolás en el altar.—Su preparación para celebrar los Santos Misterios.—«¡Qué gran Santo!»—Obra San Nicolás muchas maravillas.

Apenas fué revestido de la dignidad de sacerdote, lanzóse Nicolás con nuevos aumentos de fervor y generosidad por las sendas de la perfección, trepando con mayor firmeza y rapidez por los grados de una consumada santidad. Subiendo cada mañana sobre el Tabor eucarístico, que es al mismo tiempo el Calvario, recibía diariamente sobre su alma la asistencia de su Dios, no viviendo más que para El, para su gloria y para la salud de las almas. ¿Qué existencia, en efecto, más moralizadora y santificante que aquella que se desliza entre la comunión de la mañana y la esperanza de la que habrá de recibirse al siguiente día?

¿No es esto pasar en breves momentos de Jesús á Jesús, del infinito al infinito? Mas ¿no es esto también contraer una tremenda

responsabilidad, que obliga al sacerdote á tener los sentimientos de un Dios á quien representa? Nuestro Santo, esclarecido por sus largas y fervientes contemplaciones, estaba tan persuadido de la perfecta pureza y perfección exigida por el sacrificio del altar, que no celebraba sino temblando y dominado de un humildísimo fervor.

Habiendo sido algunas veces arrebatado en éxtasis y elevado en los aires durante la Misa, suplicó no le obligasen á celebrarla públicamente (1). El hubiera querido decirla siempre solo en una capilla retirada, á fin de poder entregarse por entero á sus amorosos é íntimos coloquios con su Salvador; de tal modo, que fué necesaria una orden terminante de sus superiores para decidirlo á consagrar en la iglesia de su convento. Era, pues, Nicolás un verdadero sacerdote según el orden de Melquisedec, y apreciaba este inmenso favor como un don todo divino, que nunca podría agradecer á Dios suficientemente. Así lo confesaba con frecuencia, entre inefables transportes de alegría. Si alguna vez se le invitaba á hablar sobre la dignidad del sacerdote, hubiérase creído, al oirlo, que se hallaba ya gozando su alma de las dulzuras ce-

(1) Al celebrar veíasele con frecuencia elevado de la tierra. Giorgi. *Compendio Tolentino.* Guido Guidoni, editor, 1881, pág. 28.

lestiales y de la presencia del Señor; tan abrasadas eran las palabras que brotaban de sus labios, y tan indecible el entusiasmo que se retrataba en sus venerables facciones. No conocía Nicolás la distracción ó frialdad en la comunión, no acercándose jamás á ella como á un acto común ó á una cosa ordinaria, que pudiera hacer por costumbre; antes bien, se preparaba largamente y con extremo cuidado, comenzando la víspera, desde la caída de la tarde, después de rezar Completas, á recogerse más profundamente, para pensar en la comunión del siguiente día.

Siguiendo aquella máxima de su glorioso Padre San Agustín, que la oración es la medida del amor, dedicaba á su Dios todos los sentimientos de ternura y de piedad de su alma mucho antes de celebrar los divinos misterios, esforzándose con el sentido sobrenatural propio de los santos por hacerse semejante á la Hostia que él debía inmolar. Azotábase á este efecto tan cruelmente, que la sangre brotaba y corría en abundancia por sus hábitos, por las paredes y por el suelo de su celda, dejando allí las huellas que su humildad religiosa no tenía á veces tiempo para borrar, y que se echaban de ver al otro día (1).

(1) Solía comenzar á prepararse para el santo

Por este medio, Nicolás triunfaba del sueño; mas no paraba en sólo eso. Terminada la flagelación, rodeábase un cinto de hierro, cuyas puntas penetraban en las llagas abiertas por las disciplinas, al que acompañaba un cilicio, que lo atormentaba con extremos y continuados dolores (1). «Es menester, decía entonces, que yo expíe mis pecados y los de mis prójimos antes de acercarme al altar, para renovar allí el sacrificio del Calvario» (2).

Todavía no era esto bastante. Después de haber maltratado de tal modo su cuerpo, extenuado por sus continuados ayunos y casi convertido en un cuerpo trasparente, ¡tan flaco y demacrado se encontraba!, comenzaba Nicolás una larga oración que duraba hasta la media noche. Cuando sus piernas se negaban á sostenerle, apoyaba sus codos sobre una piedra de mármol que se hallaba á la altura de su ventana, siendo éste el único alivio que quería proporcionarse; de tal modo, que si alguna vez sus ojos, fatigados por las continuas vigilias, llegaban á cerrársele

sacrificio de la Misa hacia la puesta del sol, disciplinándose cruelmente hasta derramar abundante sangre de sus venas. Giorgi, cap. III, pág. 31.

(1) Nudos artus aspero cilicio vestiens, quod ferreo cingulo adstringebat. *Breviario.*

(2) Pro multis sibi confitentibus orabat, jejunabat, celebrabat et lacrymas effundebat, ut a tenebris peccatorum liberarentur. *Proceso.*

reclamando un poco de sueño, buscaba en la disciplina la fuerza necesaria para resistir á lo que él llamaba pereza (1). Tenía lugar esto delante de una imagen que representaba al Salvador depositado muerto en los brazos de su Madre, imagen que se llama en Italia Nuestra Señora de la Piedad, y de la cual no se separó él nunca al hacer su preparación para el sacrificio de la Misa. Uniéndose á Nuestro Señor en el huerto de las Olivas, lloraba, sollozaba y confesaba sus pecados y los de todos los hombres, pidiendo perdón á Dios con las demostraciones del más acendrado amor.

Cuando sonaba á media noche la campana del convento, volvíase Nicolás al coro para rezar los Maitines con sus hermanos y continuar allí sus fervorosas comunicaciones con su Dios; y, volviendo después á la celda, tomaba un pequeño descanso, acostado sobre dos tablas, ó sobre el pavimento, apoyando su cabeza sobre una piedra (2). Muy frecuen-

(1) Duos habebat lapides marmoreos ad quorum unum genuflectebat; alterum ad quem lassus extensa brachia saltem frigore castigaret. *Proceso.*

(2) Dormía algunas veces sobre un jergón de paja, con frecuencia sobre desnudas tablas, y con muchísima frecuencia en la dura tierra. Anónimo, cap. XXXIII, pág. 90. Parvo palearum saccone pro lecto contentus, mantellum pro espertorio et pro capitali lapidem quandoque tenebat. *Proceso.*

temente, los primeros resplandores del día lo sorprendían abismado de nuevo en la contemplación (1). Entre las tres y las cuatro de la mañana hallábase ya siempre levantado, comenzando su preparación por una nueva y sangrienta flagelación, que convertía el sacrificio que iba á ofrecer en una fiel y viva imagen del de Jesucristo sobre el Calvario. Nuevo Moisés bajando del monte Horeb, Nicolás parecía un ángel en el altar. Aparecía allí tan lleno de majestad, de devoción y de santo embelesamiento, que los pueblos se agolpaban por asistir á su Misa, y volvíanse de ella exclamando llenos de admiración: «¡Oh qué gran Santo!» (2). Sus oraciones de acción de gracias eran tan fervorosas, que, levantado su pecho por profundos y ahogados sollozos, varias veces se quedó extasiado y permaneció privado de todo sentimiento durante todo el día.

Tanta piedad y fervor debían hacer una dulce violencia en el corazón de Dios, que desde entonces parece no pudo negar nada á su fiel servidor, á quien, por el contrario, se complacía en colmar de obsequios y atenciones de su ternura omnipotente. Cierto día,

(1) Integras sæpe noctes pervigil ducebat. *Proceso*

(2) Giorgi. *Compendio*, pág. 28. Anónimo, página 26.

el ayudante á la Misa de Nicolás llenó, por equivocación, las dos vinajeras de agua; mas el Santo, sumido en sus pensamientos y abstraído en Dios, no se enteró de ello, y por tanto no puso más que agua en su cáliz. Este sacrificio debía ser nulo faltando en él, como faltaba, la materia necesaria para su validez, lo cual hubiera sido para el celebrante, de haberlo sabido, causa de profunda amargura y pesadumbre. Mas el Señor no quiso ver á su siervo en tal amargura. Nicolás no conoció el error de su ayudante, ni después de la consagración; mas, al consumir las sagradas especies, encontró en el vino consagrado un sabor tan exquisito y delicioso, que preguntó en seguida de donde habían podido sacarlo. Entonces fué cuando el ayudante se apercibió de lo que había hecho, por inadvertencia, y conoció el milagro con que el Santo había sido favorecido (1).

Una señora de la villa de Urbisaglia había perdido completamente la vista á consecuencia de una gravísima erisipela. Todos los recursos del arte habían resultado inútiles, y, hallándose ya completamente abandonada de los médicos por incurable, resolvió ir á buscar á Nicolás para pedirle la curación de su dolencia. Persuadida de que, después de

(1) M. SS. Anónimo, cap. IX, pág. 26.

la Misa, las oraciones de Nicolás debían ser más fácilmente escuchadas, hízose conducir á la iglesia donde él debía celebrar, y asistió con gran fervor al santo sacrificio. Cuando el religioso hubo terminado la santa Misa, colocóse aquélla en el camino por donde él debía volver á la sacristía, y le suplicó se detuviese un momento á darle la bendición, haciendo sobre sus ojos la señal de la cruz. Movido por la fe y la resignación de la pobre ciega, Nicolás, aproximándose á ella, hizo lo que le suplicaba, diciendo: *¡Que el buen Dios, en su misericordia, os cure, hija mía!* En el mismo instante, los ojos apagados y cerrados después de tanto tiempo, se abrieron á la luz del día. La piadosa cristiana, por su parte, vió recompensada su confianza y pudo ya contemplar al Santo, de quien Dios se había servido para devolverle la deseada vista (1).

(1) *Proceso*. Ghezi, cap. XIII, pág. 42.